

# LIBRO I

*Los largos caminos de la libertad*



## Las calles de la libertad

Nos acercábamos a la costa cubana. Los pasajeros se asomaban a babor y estribor para ver el paisaje. La perla de las Antillas era una lengua de tierra verde saliendo de la boca de América: el Golfo de México. La Isla se extendía por la mar salpicándola de arrecifes y cayos, desde el oeste por el canal de Yucatán, al este llegando hasta el beso imposible con Haití, separadas para siempre por el Paso de los Vientos. Desde la Punta de Maisí, más allá de Santiago y Guantánamo, hasta el cabo San Antonio en Pinar del Río: mil doscientos kilómetros de tierra española anclada frente al continente. Una isla amada y percibida en la distancia.

Los baluartes del Castillo del Morro mostraban su pétreo consistencia; vigilantes, marcados por el tiempo y las tempestades, erosionados por los dioses huracanados del Atlántico, bajo un cielo grande y azulado.

Martí me había descrito docenas de veces aquellos paisajes: acantilados abruptos que caen a pico sobre las olas, rocas de cien tonos de gris contrastando con el azul del mar, los excitantes verdes de la selva. Playas de fina arena, enormes palmeras de largo tronco y anchas palmas, inclinadas obedientes hacia el mar por voluntad de los alisios. Dando la bienvenida al navegante.

«Yo soy un hombre sincero/de donde crece la palma...», versos de Pepe que me venían a la memoria.

Empezó a avistarse la ciudad. El castillo de Los Tres Santos Reyes Magos del Morro quedó a babor; en sus torres, la bandera española ondeaba como un rizo al viento bajo el cielo de La Habana. Avanzamos, podía ya verse el castillo de la Punta. Allí se estrechaba el paso. Los castillos de la Cabaña en la orilla izquierda

y el de la Fuerza, en la orilla opuesta, daban entrada a la Bahía. La reciente Paz de Zanjón había devuelto la tranquilidad a las fuerzas y baluartes del ejército.

Centenares de mástiles aparecieron ante nuestros ojos, un bosque de altos árboles y marineros. El espectáculo impresionaba: navíos de vela, buques de vapor y docenas de grandes barcos permanecían anclados en las cercanías de los muelles. Frente a nosotros, la ensenada de Marimelena. Y un olor suave a mar y selva; a aire limpio y puro a fuerza de ser barrido por los vientos. Olor y sabor a tierra nueva. Atracamos en el puerto mecidos por las mansas aguas de la bahía. Todos los viajeros buscaron el mejor lugar para vislumbrar el vetusto muelle. Desde él, un nutrido grupo de personas observaba la llegada del navío tratando de distinguir, entre los pasajeros, a aquellos a quienes esperaban.

Advertí la presencia de Josep entre el cortejo de cabezas de los que aguardaban. Tenía un aspecto magnífico. Sus facciones, doradas por el sol, contrastaban con su blanco terno de hilo. Con la mano derecha sujetaba un sombrero de ala ancha. Unas prematuras entradas surcaban su cabeza, dándole una apariencia noble y patriarcal. Los recuerdos se amontonaron en mi mente y volaron hacia mi Barcelona natal, donde le conocí. Sin embargo la memoria, caprichosa, se posó tres años antes de nuestro primer encuentro.

Fue en un día de septiembre de 1868 en mi hogar de Barcelona, en el balcón del salón que dominaba indiscretamente gran parte de las Ramblas. Mi madre, apoyada en la enorme baranda, observaba a las gentes que gritaban jubilosas.

—Mamá, ¿qué ocurre? —le pregunté.

—El ejército se ha pronunciado en Cádiz —respondió mi madre, sin prestarme demasiada atención, como si su mente estuviera lejos.

Se giró suavemente y me miró. Mi cara de interrogación dibujó una sonrisa en su bello rostro.

—El almirante Topete ha lanzado una proclama revolucionaria; Prim viene hacia Barcelona con una columna, y se dice que

la reina ha abandonado Madrid camino de San Sebastián —concluyó, con la emoción marcada en sus palabras.

Conocía las ideas republicanas de mi madre y estaba acostumbrado a oír hablar de política en casa. Muchas veces, sin que ella lo notara, la observaba: bella y absorta, leyendo a Proudhon. Tanto ella como mi padre se mostraban más que interesados en los hechos políticos y sociales que se sucedían en Cataluña y en España. Yo procuraba estar al tanto de sus conversaciones; sin embargo, confieso que a mis trece años el galimatías político me tenía un tanto desconcertado y todavía no entendía gran parte de los acontecimientos que sacudían al país. No obstante, las algaradas callejeras me entusiasmaban y la persistente algarabía que llegaba de las Ramblas era absolutamente contagiosa.

—¿Puedo bajar a la calle? —pregunté, ya en la puerta.

—No sé cómo voy a impedirlo —respondió mi madre, conocedora de mi forma de ser—. Pero lleva mucho cuidado, Joan.

Bajé —como siempre— los peldaños de tres en tres. Atravesé Puertaferriosa siguiendo a la muchedumbre. De las distintas callejas, la gente confluía hacia la catedral camino de la plaza de la Constitución —que todo el mundo seguía llamando Sant Jaume—. Obreros metidos en pana y gentes de paño y algodón confraternizaban alegres y bulliciosos, convergiendo todos en la plaza. Coreados con tremendo entusiasmo, los vivas a favor de los sublevados en Cádiz se alternaban con los de «¡Abajo Isabel II!». La plaza quedó pronto inundada por la marea ciudadana; procedente de la calle Fernando VII, llegó un nutrido grupo lanzando nuevas consignas y gritos revolucionarios. Los ya concentrados respondían bisando la bulla reivindicativa. Noté una súbita emoción recorriendo todo mi cuerpo, trasformándose en gritos que llenaban mi garganta y salían a borbotones deseosos de mostrar mi estado de ánimo. Encontré todo el sentido a palabras que hasta entonces había utilizado, pero que nunca había vivido y que todavía no había compartido. ¡Qué importante es compartir sentimientos!

Un hombre de mediana edad enarbolaba una enorme insignia de un color entre rojo y grana. Sobre ella, bordado en grandes letras doradas, un lema: «¡Viva la Libertad!». Al llegar a mi altura, el hombre me miró y sonrió.

—Mira bien, muchacho —me dijo—. Ésta es la bandera de la libertad, del futuro: tu bandera. —Y la ondeó repetidamente sobre su cabeza, saludando al cielo de Barcelona.

—Sí, señor —balbucí.

Me pareció una situación nueva, extraña y excitante.

—¡Viva la libertad! —clamé, contagiado.

—Cógela tú. Así sentirás la fuerza de la Revolución —y me entregó el pesado estandarte.

Durante unos momentos —emotivos e intensos— me sentí abanderado de aquella riada de gentes. Y agité y agité la divisa con fuerza hasta sentir su lema en mi alma. La enseña voló sobre mi cabeza haciendo también suyo el mensaje, aireando la libertad por toda la plaza. Sonriendo, y agotado por el esfuerzo, la devolví al hombre; él esbozó un gesto de satisfacción.

El lugar se había convertido en solar de la locura colectiva, los más osados penetraron en el edificio de la Generalitat y en el del Ayuntamiento. A los pocos minutos surgieron de los altivos ventanales —que antaño solían observar de forma insolente a las gentes que paseaban por la plaza— decenas de rostros alborozados que, con enérgicos movimientos, lanzaban a la calle un mobiliario símbolo ya del pasado. Entre los amasijos de cómodas fernandinas y sillas isabelinas, los retratos de Felipe V e Isabel II se descubrían, entrelazados con mirada incrédula, al chocar contra el empedrado de la plaza. Alguien gritó:

—¡Al fuego, al fuego con ellos!

Se formó una enorme pira en el centro de la plaza. En breves momentos, la lumbrarada consumía los retratos de la pícara y libertina soberana (golfa, diría ella misma) y el odiado primer Borbón. El fuego emancipador y brillante lanzó sus rojas lenguas hacia el cielo arrancando los vivos de los presentes. Ígneo paisaje de justas llamas aniquilando el absolutismo y la ignominia. No sé si la libertad tiene color, si algún pintor puede retratarla con justicia; pero si lo tiene, si existe el matiz, tiene que estar muy cerca del de la bandera que había ondeado y del fuego que consumía el pasado. Rojos de fuego y seda, bajo el cielo de Barcelona. Me sentía actor y cómplice, tenía la sensación de vivir un momento histórico; gritaba, reía y corría alborozado entre la multitud con la

conciencia de ser parte del Pueblo, parte de la Revolución. Me llené de la palabra libertad, me bañé en aquella multitud feliz y solidaria. Recibí mi primera lección de rebeldía; rebeldía de un Pueblo a la búsqueda de sus deseos.

Regresé a casa, dichoso, subí los escalones —como siempre— de dos en dos... y llegué tarde a la cena, como casi siempre. Mi padre, Rómulo Gisbert, me miró con gesto severo. Yo conocía bien aquella mirada inquisidora y apremiante que a menudo dirigía a los empleados de su fábrica textil y que le había dado merecida fama de jefe duro, pero justo. Era un hombre muy alto, de gran envergadura; rostro grande y noble, cabeza alta; su pelo lacio peinado hacia atrás y aquellos ojos que clavaba sobre sus interlocutores le conferían un aire de agresividad que en la práctica no existía. Los que le conocíamos sabíamos que era una postura artificial y estudiada. En el fondo, mi padre era un ser tranquilo y bondadoso. No obstante, para evitar la regañina formal que no nos hacía felices a ninguno de los dos, utilicé mi táctica preferida: hablar por los codos.

Tan pronto entré en el comedor, empecé a contar todo lo que había vivido. Uno tras otro, narré todos los acontecimientos de la plaza. Mi madre me observaba con cierto orgullo de triunfante progenitora. Por un momento, nuestras miradas se cruzaron y me pareció ver cómo de sus grises ojos surgían llamaradas de intenso color rojo, las mismas que hacía pocos instantes se habían apoderado de la plaza, y que ahora suplicaban vivamente que continuase el relato. Mientras, sus dedos jugaban nerviosamente con los extremos de una servilleta, que en mejor destino que ocupar la cabecera de la mesa, reposaba ahora sobre su regazo. Tal y como había previsto, mi padre, contagiándose de mi elocuencia desenfrenada, entró de lleno en la conversación. Me había salvado.

El júbilo desbordante de las calles nos había embriagado de sentimiento rebelde. Fuera, habían cesado los cánticos revolucionarios y las Ramblas recuperaban su tranquilidad inocente, orgullosas de haber sido calles de libertad. Era ya muy tarde cuando nos acostamos; sin embargo, aquella noche me costó dormirme, tal era mi excitación por los acontecimientos vividos. Me asomé a mi balcón de las Ramblas, las estrellas compartieron mis pensamientos y mis

emociones. Imaginé mi larguirucho cuerpo embutido en un uniforme revolucionario y los oscuros rizos de mi pelo sometidos —¡al fin!— por un ros impecable. Recordé al abuelo y comprendí muchas de las cosas que me contó mi madre. Supe que a partir de entonces ya nada sería igual. Era septiembre de 1868.

El día 30, a las diez de la mañana, Isabel II tomó el tren del destierro con destino a Francia; su amante, Marfiori, y la familia real la acompañaban. La multitud que presencié la huida de la soberana guardó un profundo silencio. «Creía tener más raíces en el país», me contaron que dijo amargamente la reina mientras el tren se alejaba.

Mi madre me iba «traduciendo» todo lo que yo oía por las calles. Me conducía al nuevo mundo de la razón, me llevaba desde mi ceguera social a la luminaria del compromiso. Era una mujer sorprendente, hija de un liberal extremeño apellidado Beltrán, a quien la policía fernandina siguió los pasos hasta las puertas de Barcelona. Aquí se refugió y aquí fue donde encontró una vida nueva, y a mi abuela. Establecido en la Ciudad Condal, fue un importante dirigente obrero que un mal día halló la muerte en una calle del barrio de la Barceloneta durante los levantamientos del 56. Le encontraron abrazado a su trabuco y rodeado de cuatro cadáveres de oficiales gubernamentales. Mi madre, que estaba embarazada, abortó al conocer la terrible noticia. Ella se quedó sin la posibilidad de más descendencia y yo sin hermanos.

No es de extrañar que nos sintiéramos cómplices de la revolución que había puesto de patitas en la calle a la promiscua Isabel. Entre todas las consignas de aquellos días, mi madre y yo elegimos la del general Prim: «¡Abajo lo existente!». Parecía que España estaba preparada para asumir nuevos destinos políticos.

Yo observaba estos acontecimientos como espectador interesado. Empezaba a tener mis preferencias políticas y mis héroes revolucionarios, entre los que mi abuelo ocupaba el primer lugar. Había abierto mi mente a las ideas. Las palabras libertad (la vecina calle de Fernando VII fue rebautizada con ese nombre), república, obrerismo y socialismo ocupaban ya un espacio en mi razón y en mis deseos. Nunca me dejarían. *La filosofía de la miseria* dejó de ser aquel libro raro que leía mi madre para convertirse en



un grito compartido. Para mí fue un año lleno de transformaciones y descubrimientos. Doce meses que convirtieron al adolescente en adulto, que dejaron las inocentes fantasías durmiendo para siempre en los balcones de casa.

Aquel curso en el instituto me pareció especialmente sencillo, leía todo lo que caía en mis manos con un afán y un anhelo verdaderamente exagerados. También mis sentimientos habían despertado a la vida y las jóvenes dejaron de ser aquellas chillonas voces a la salida de las clarisas o mis cargantes primas. Descubrí ojos del color de las hojas en otoño y de verde Mediterráneo, miradas de femenina picardía y labios que escondían dulces promesas. Pero un miedo visceral me recorría la médula espinal cada vez que una de aquellas hermosas ninfas se me acercaba. Fue un consuelo saber que a casi todos los compañeros de curso les sucedía, poco más o menos, lo mismo; salvo a unos pocos, que ya habían superado esa fase de «púber idiotez» y paseaban sonrientes con una damita de la mano.

Terminó el curso justamente cuando había recuperado mi serenidad y empezaba a intercambiar frases y miradas con cuantas faldas parejas de mi edad veía. Con el fin del ciclo escolar desaparecieron todas, como crisálidas a la espera del próximo vuelo.

Los meses de verano trajeron nuevas algaradas y disturbios. La lentitud en los cambios sociales y la prolongada regencia irritaba a los progresistas. El descontento popular era evidente. En septiembre —de nuevo septiembre— hubo levantamientos en Cataluña, Aragón y Valencia. Los republicanos, apoyados por las clases populares, se alzaron contra el Gobierno con un nuevo grito que ya no cesaría: «¡Viva la República!».

Entre las aspiraciones de los sublevados estaba la de convertir el país en un Estado federal. Se levantaron barricadas en la ciudad. Con los adoquines formaron trincheras que pronto se llenaron de federalistas. Toda Barcelona dibujaba sobre su milenaria piel una serpiente de piedra que atravesaba sus calles; sin embargo, su veneno era sólo de reivindicaciones sociales y de concepto de Estado, sólo emponzoñaba a los inmovilistas y explotadores. Los gritos revolucionarios fueron contestados por el eco de los fusiles y los sablazos de la caballería gubernamental. El ejército

redujo sangrientamente las barricadas de Barcelona y también las de Zaragoza y Valencia. Otras poblaciones con aspiraciones cantonales, como Cartagena, siguieron la misma suerte. Las calles de la ciudad aparecieron pintadas con la fría realidad de la fuerza y de la violencia. Las libertarias serpientes de proletario adoquín se habían roto en mil pedazos, como las esperanzas de sus defensores.

Recorrí, una vez restaurada la calma, los lugares que habían sido el escenario de las luchas más enconadas. Al doblar una de las esquinas llegué a una plazuela. El pavimento aparecía levantado: sacos, colchones, baúles y toda clase de objetos que habían sido barricada cubrían el suelo, los ecos de la lucha parecían resonar todavía entre los edificios vecinos. En la plaza, media docena de mujeres parecían buscar, entre los alzados y removidos adoquines, suspiros y señales de los suyos.

Una de ellas, algo mayor que mi madre, ataviada con un pañuelo negro que le tapaba el pelo, lloraba amargamente, arrodillada frente a una oscura mancha que cubría el suelo. Identifiqué en ella a la madre de uno de mis ex compañeros de instituto... me acerqué. Ella me miró fríamente, como quien ve llegar al forastero que preguntará por la posada más cercana. Después de darme la espalda, volvió de nuevo a girar la cara; lentamente, me examinó de arriba abajo y me reconoció. Sus grandes ojos se llenaron por enésima vez de lágrimas, se levantó del suelo y sin decir palabra me señaló la oscura e inconfundible mancha del pavimento. Intuitivamente avancé hacia la mujer y nos fundimos en un profundo abrazo. Nunca antes habíamos hablado, pero en aquel abrazo, en aquel prolongado silencio frente a la infamante mancha, me fue transmitida toda la historia de su hijo, abatido por las balas de la intolerancia; sentí todos los desvelos, todas las esperanzas y todas las angustias de aquella mujer... y no atiné a decir una palabra de consuelo.

Me di cuenta entonces de lo poco que servían las voluntades populares. Los poderes ancestrales de una nación egocéntrica y caduca podían más que las realidades de distintas nacionalidades, dispuestas a vivir voluntariamente federadas, unidas por la propia libertad de elección. Decidí que la próxima batalla, la próxima barricada, sería la mía. En las calles de la libertad.